

—... por eso considero que la oportunidad de establecer un salario máximo para las actividades económicas retribuidas...

La vibración del aire se estaba volviendo insoportable. Cortázar miró su propia mano en el brazal del asiento, a pocos centímetros de la de Laura.

Un coro de murmullos estaba empezando a llenar la sala. Se oían expresiones como «inaudito» o «lunático».

La mano se posó sobre la mano.

—Creo que deberíamos irnos.

Laura asintió nerviosamente.

A trancas y barrancas, la conferencia tocó a su fin. Mientras se abría el turno de preguntas, Christoph von Klettemberg se desplazó sin llamar la atención hasta sentarse junto a un inglés bastante calvo, de grandes cejas y poblado bigote. Se dirigió a él en su propio idioma:

—Permítame que me presente, señor. Soy Christoph von Klettemberg, ex coronel de la guardia imperial austríaca.

El inglés expresó su sorpresa con un cauto alzamiento de cejas.

—¿En qué puedo servirle, caballero?

—Deseo hablarle de forma extraoficial —Christoph subrayó cuidadosamente el término— sobre las circunstancias de mi país. No sé si sabe...

El inglés levantó una mano con la palma extendida hacia él.

—Señor, no me parece...

—Insisto en que se trata de algo extraoficial, señor. De una petición de un caballero a otro. Espero que mi condición de vencido no me someta a la ofensa de no ser escuchado. Yo no soy un senador romano, pero usted es sin duda más que un jefe galo.

Inesperadamente, la alusión a la primera vez en que se había pronunciado el terrible «ay de los vencidos» causó efecto en el hombre. Su rostro adoptó una gravedad intensa y sus ojos expresaron con claridad que la petición había sido atendida. Dos breves palabras lo ratificaron:

—Le escucho.

—Se lo agradezco mucho —dijo Christoph—. Sólo quiero pedirle que ejerza su influencia para que se muestre, aunque sólo sea eso, respeto por la historia. Mi país ha quedado convertido por las revoluciones del año pasado en un mero residuo de lo que fue, pero su capital sigue siendo un templo de la cultura. Y en esa capital hoy se pasa hambre, las que fueron provincias de mi propio país se niegan a vendernos los productos que antes nos abastecían. La rotura de un cristal es una tragedia porque no se encuentra con qué repararlo y las casas carecen de medios para calentarse.

—Supongo que sabe que se está discutiendo la posibilidad de enviarles ayuda.

—Sé que se está discutiendo, pero si no se otorga pronto, ¿a quién llegará? ¿A los supervivientes? ¿Sabe que en una manifestación cayó muerto un caballo de la policía y media hora después su esque-

leto estaba tirado, limpio, en mitad de la calle? ¿Sabe que las mujeres de la burguesía se prostituyen para subsistir?

El rostro del inglés adquirió de pronto una terrible severidad. Alrededor, los otros asistentes empezaban a atender a la vehemente conversación en voz baja que tenía lugar cerca de ellos, pero eso no parecía molestar a sus protagonistas.

—No sé si es usted consciente de que su país fue uno de los causantes de esta catástrofe —replicó el inglés—. Supongo que comprende la dificultad suplementaria que eso supone para su causa.

Klettemberg hizo un gesto de impaciencia. Su mano derecha se crispó en el aire.

—¿Cree que no lo sé? Lo hemos pagado con el precio más alto: la desaparición. No se nos concede derecho de audiencia ni existe una comisión específica que se ocupe de nosotros, como sí lo hace de otras zonas que fueron parte de nuestro Estado. Todo lo que pedimos es que se salven las vidas de la gente. Que se reconozca que hemos renunciado a nuestro pasado, a nuestra existencia, a nuestro ser. —El coronel de ulanos alzó la cabeza y proyectó la mandíbula hacia delante, presa de un temblor incontenible—. Que se condene a quienes fuimos, pero no a quienes no hicieron más que obedecer nuestras decisiones equivocadas.

El inglés no contestó. Contemplaba con gesto impresionado a aquel hombre que acudía a humillarse ante él, tratando de encarnar siglos de historia en un juicio perdido de antemano.

—¿Representa usted a su Gobierno? —preguntó al fin.

—No, señor. Trabajo para él, pero no lo represento. Si lo representase, me pegaría un tiro antes que mendigar en su nombre.

El inglés se quedó pensativo.

—Transmitiré lo que me ha dicho. No puedo prometerle más.

Christoph se puso en pie de golpe, como impulsado por el alivio de haber concluido la conversación.

—No le pido otra cosa.

Entrechocó los tacones al tiempo que daba una recia cabezada y se marchó con paso vacilante, como si en vez de hablar hubiera estado bebiendo, como si las palabras hubieran contenido alcohol de quemar.

De costado, el inglés apoyó un brazo en el respaldo de su asiento y se quedó mirándolo mientras se iba. Apenas sí vio llegar al compatriota que le preguntó:

—¿Qué le ha parecido ese lunático, Keynes?

El primer asesor económico de la delegación británica alzó la vista hacia su paisano. Tardó unos instantes en comprender que se refería al conferenciante.

—Interesante —dijo con voz neutra—. Aunque dudo que nunca consiga que le hagan caso.

—Es una propuesta disparatada.

—Oh, no —replicó vivamente el economista—. Es mucho más que eso: es disolvente. Ataca a la codicia en sus raíces. Jamás le escucharán.